

## CAPÍTULO VIII

Estado de nuestros ejércitos al empezar la campaña de 1797. — Marcha de Bonaparte contra los Estados romanos. — Tratado de Tolentino con el papa. — Nueva campaña contra los austriacos. — Paso del Tagliamento. — Combate de Tarwis. — Revolución en las ciudades de Bérgamo, Brescia y otras de los Estados de Venecia. — Paso de los Alpes Julianos por Bonaparte. — Marcha sobre Viena. — Preliminares de paz con Austria, firmados en Leoben. — Paso del Rhin en Neuwied y Dirsheim. — Perfidia de los venecianos. — Matanza en Verona. — Caída de la república de Venecia.

El ejército del Sambre y el Mosa, reforzado con una gran parte del ejército del Océano, ascendía á ochenta mil hombres. Hoche, su general, se había detenido poco tiempo en París á su vuelta de la expedición de Irlanda, apresurándose á volver á su cuartel general. Había empleado el invierno en organizar sus tropas y proveerlas de cuanto les era necesario. Tomando de Holanda y de las provincias situadas entre el Mosa y el Rhin, á las cuales se trataba como países conquistados, recursos bastante considerables, libró á sus soldados de las necesidades que afligían al ejército del Rhin, é imaginando otra distribución de las diversas armas, perfeccionó su conjunto, comunicándole la más envidiable organización. Ardía en deseos de marchar á la cabeza de sus ochenta mil hombres, y no veía ningún obstáculo que pudiera impedirle avanzar hasta el corazón de Alemania. Deseoso de señalar sus miras políticas, quería imitar el ejemplo del general de Italia, creando á su vez una república.

Las provincias situadas entre el Mosa y el Rhin, que no habían sido declaradas, así como Bélgica, territorio constitucional, hallábanse provisionalmente bajo la autoridad militar. Si al hacerse la paz con el imperio se rehusaba su cesión á Francia para no dejarle la línea del Rhin, se podía cuando menos permitir constituir las en república independiente, aliada y amiga de la nuestra. Esta república, llamada Cisrhenana, quedaría indisolublemente unida á Francia, y le sería tan útil como una de sus provincias. Hoche aprovechaba el momento para comunicarle una organización provisional, preparándola para el estado de república. Había formado en Bonn una comisión encargada de la doble tarea de organizar y obtener los recursos necesarios para nuestras tropas.

El ejército del Alto Rhin, á las órdenes de Moreau, estaba mucho de hallarse en tan satisfactorio estado: nada dejaba que desear en cuanto al valor y disciplina de las tropas; pero carecía de lo indispensable; y no permitiendo la falta de dinero ni aun la adquisición de lo necesario para echar un puente, retardábase su entrada en campaña. Moreau hacía vivas instancias para obtener algunos centenares de miles de francos, que la tesorería no se hallaba en estado de suministrarle; habíase dirigido, para obtenerlos, al general Bonaparte; mas era necesario esperar á que éste terminase su excursión á los Estados del papa, y esta circunstancia debía retardar las operaciones en el Rhin.

En Italia se iban á descargar los más temibles y rápidos golpes. Bonaparte, dispuesto á aniquilar en Rívoli el último ejército austriaco, había anunciado que haría después una excursión de algunos días á los Estados del papa para someterlos á la república y tomar el dinero necesario para las atenciones del ejército, añadiendo que si se le enviaba un refuerzo de treinta mil hombres, franquearía los Alpes Julianos, marchando resueltamente sobre Viena. Este plan tan vasto, quimérico el año anterior, era ya posible; solo la política del Directorio hubiera podido poner obstáculo por no querer confiar todas las operaciones de la guerra á un joven tan absoluto en sus voluntades. Sin embargo, el benévolo Larevelliere insistió enérgicamente en que se le facilitara el medio de poner en ejecución tan magnífico plan que terminaría la guerra muy pronto, y se acordó enviarle treinta mil hombres del Rhin. Eligióse la división Bernadotte del ejército del Sambre y Mosa y la división Delmás del alto Rhin, las cuales debían atravesar los Alpes en la mitad del invierno. Moreau hizo los mayores esfuerzos para poner á la división Delmás en estado de representar convenientemente al ejército del Rhin en Italia. Eligió sus mejores tropas, y agotó sus almacenes para equiparlas, demostrando así el más noble y delicado impulso. Aquellas dos divisiones, formando un total de treinta y tantos mil hombres, cruzaron los Alpes en el mes de enero, en un instante en que nadie sospechaba su marcha. Ya á punto de franquearlos, detúvolas una tempestad: los guías aconsejaron hacer alto; pero dióse la señal del paso de ataque, y se arrostró la borrasca á tambor batiente con las banderas desplegadas. Estas dos divisiones bajaban ya hacia el Piamonte, y aún se ignoraba su salida del Rhin.

Apenas firmada la capitulación de Mantua, Bonaparte había marchado sin esperar á que el mariscal Wurmser hubiese desfilado delante de él y dirigíase á Bolonia para imponer la ley al papa. El Directorio hubiera deseado que aniquilase al fin el poder temporal de la Santa Sede; pero no se lo prevenía como obligación, dejándole libre para obrar según las circunstancias y su voluntad. Bonaparte no pensaba comprometerse de ningún modo en semejante empresa.

Mientras que todo se preparaba en la alta Italia para emprender una marcha más allá de los Alpes Julianos, quería arrancar una ó dos provincias al papa, y someterle á una contribución que bastase para sufragar los gastos de la nueva campaña. Aspirar á más era com-

prometer el plan general contra el Austria; ante todo debía conducirse de manera que se evitase una guerra religiosa, imponiendo á la corte de Nápoles, la cual no se consideraba obligada por su tratado á pesar de haber firmado la paz. Esta potencia deseaba intervenir en la contienda, ya con el fin de apoderarse de una parte de los despojos del papa, ó bien para impedir que se estableciera una república en Roma, en cuyo caso tendría la revolución á sus puertas. Bonaparte reunió en Bolonia á la división Víctor las nuevas tropas italianas organizadas en Lombardía y la Cispadana, y avanzó á su cabeza á fin de acometer por sí mismo una empresa que exigía todo su tacto y prontitud para llevarla á buen fin.

El papa estaba poseído de la mayor inquietud: el emperador no le prometió su alianza sin las más duras condiciones, es decir, á costa de Ferrara y Commacchio; pero esta misma alianza no podía ya ser eficaz desde que el ejército de Alvinzy no existía, de modo que la Santa Sede se había comprometido inútilmente. La correspondencia del cardenal Busca, secretario de Estado, declarado enemigo de Francia, acababa de ser interceptada, quedando así descubiertos los planes contra el ejército francés, al que se quería sorprender por la espalda; y no quedaba excusa alguna para invocar la clemencia del vencedor, cuyas proposiciones se rehusaba escuchar hacia un año. Cuando el ministro Cacault publicó el manifiesto del general francés y quiso retirarse, no se osó detenerle por un resto de orgullo: pero reinó una cruel inquietud, y muy pronto no se escucharon sino los consejos de la desesperación. El general austriaco Colli, que llegó á Roma con algunos oficiales, se puso al frente de las tropas pontificias; predicáronse sermones fanáticos por todas las provincias romanas, y se prometía el cielo á todos aquellos que se sacrificaran por la Santa Sede. También se trató de promover una Vendée alrededor de Bonaparte, y dirigieron fervientes súplicas á la corte de Nápoles para despertar cuanto le quedaba de ambición y de celo religioso.

Bonaparte avanzó rápidamente para que el incendio no tuviera tiempo de propagarse. El 16 pluvioso del año v (4 febrero) marchó hacia el Senio: el ejército pontificio atrincherado allí se componía de siete á ocho mil hombres de tropas regulares y de un gran número de campesinos armados apresuradamente y precedidos de sus frailes, ofreciendo entre todos el conjunto más burlesco. Presentóse en el puente un parlamentario para decir que si el ejército de Bonaparte persistía en avanzar se haría fuego contra él; pero los franceses siguieron adelante hacia el puente del Senio, bastante bien atrincherado. Lannes remontó su curso con algunos centenares de hombres; vadeóle y fué á formarse en batalla detrás del ejército pontificio: el general Lahoz marchó entonces contra el puente con las tropas lombardas y le tomó muy pronto. Las nuevas fuerzas italianas sostuvieron bien el fuego, que durante un momento fué bastante vivo; hiciéronse de cuatrocientos á quinientos prisioneros y se acuchilló á varios paisanos. El ejército pontificio se retiró en desorden; persiguiéronle hasta Faenza, derribáronse las puertas de la ciudad y se penetró en ella al toque de rebato y en medio de los gritos de un pueblo furioso. Los soldados pedían el saqueo, pero Bonaparte no consintió; y reuniendo á los

prisioneros hechos durante el día en las orillas del Senio, hablóles en italiano. Aquellos infelices creían que iban á matarlos: Bonaparte los tranquilizó, anunciándoles, con gran asombro suyo, que los dejaba libres, mediante la condición de que fueran á ilustrar á sus compatriotas respecto á las intenciones de los franceses, quienes no iban á combatir la religión ni la Santa Sede, deseando sólo alejar á los malos consejeros que rodeaban al papa. Después dispuso que les dieran de comer, y los despidió.

Bonaparte avanzó rápidamente desde Faenza á Forlì, Cesene, Rímini, Pésaro y Sinagaglia. Colli, á quien sólo quedaban tres mil hombres de tropas regulares, los atrincheró delante de Ancona en una buena posición: Bonaparte mandó cercarla; apoderóse de un gran número de enemigos, y dióles la libertad con las mismas condiciones, mientras Colli se retiraba con sus oficiales á Roma. Sólo restaba ya marchar contra esta capital: Bonaparte se dirigió inmediatamente á Loreto, de donde habían sacado el tesoro, y apenas encontró un millón: la Virgen de madera se envió á París como objeto de curiosidad. Desde Loreto, alejándose de las orillas del mar, marchó por Macerata hacia el Apenino para cruzarle y salir á Roma si llegaba á ser necesario. Avisó á Tolentino el 25 pluvioso (13 febrero), y detúvose para ver qué efecto produciría su rápida marcha y la libertad de los prisioneros. Había enviado al superior de los camaldulenses, religioso en quien Pío VI tenía gran confianza, para que llevase á Roma palabras de paz, pues Bonaparte deseaba ante todo que el papa se sometiese aceptando las condiciones que trataba de imponerle. No quería perder tiempo en promover en Roma una revolución, que podría detenerle más de lo conveniente, induciendo tal vez á Nápoles á tomar las armas, y que derribando al gobierno establecido, arruinaría por el pronto la hacienda romana impidiendo sacar del país los veinte ó treinta millones que se necesitaban. Pensaba que la Santa Sede, privada de sus mejores provincias en provecho de la Cispadana, y teniendo por vecina á la nueva república, sentiría muy pronto el contagio revolucionario, sucumbiendo en poco tiempo. Esta política era hábil, y el porvenir demostró su exactitud. Bonaparte esperó, pues, en Tolentino los efectos de la clemencia y del temor.

Los prisioneros puestos en libertad habían ido, en efecto, á todos los puntos del Estado romano, y en particular á Roma, donde circularon los rumores más favorables al ejército francés, mitigando los resentimientos excitados contra él. El superior de los camaldulenses llegó al Vaticano en el momento en que el papa iba á subir al coche para salir de Roma; y tranquilizado aquel príncipe por lo que decía el religioso, renunció á dejar su capital, despidió al secretario de Estado Busca, y envió á Tolentino al cardenal Mattei, al prelado Galeppi, al marqués Massimi, y á su sobrino el duque de Braschi, para tratar con el general francés. Tenían plenos poderes para ello, con tal que el general no exigiese ningún sacrificio relativo á la fe. Sentado esto, el tratado era ya muy fácil, pues el general Bonaparte no tenía nada de exigente respecto á los artículos de la fe; y así es que se concluyó en pocos días, firmándose en Tolentino el 1.º ventoso (19 febrero). He aquí cuáles eran las condiciones. El papa revocaba todo tratado de



alianza contra Francia, reconociendo la república, y declarábase en paz y buena inteligencia con ella. Cedíale todos sus derechos sobre el condado venesino, dejaba definitivamente á la república cispadana las legaciones de Bolonia y Ferrara y además la magnífica provincia de Romanía. La ciudad é importante ciudadela de Ancona quedarían en poder de Francia hasta la paz general, y las dos provincias del ducado de Urbino y de Macerata, que el ejército francés había invadido, serían restituídas al papa mediante la suma de quince millones, cuya suma debía pagarse conforme al armisticio de Bolonia, no cumplimentado aún. Los treinta millones eran pagaderos, dos terceras partes en metálico, y una en diamantes ó piedras preciosas. El papa debía facilitar además ochocientos caballos de montar y otros tantos de tiro, búfalos y diversos productos del territorio de la Iglesia; condenaría además el asesinato de Basseville, mandando abonar trescientos mil francos, tanto á sus herederos como á los que habían sufrido á consecuencia del mismo acontecimiento. Todos los objetos de arte y manuscritos cedidos á Francia por el armisticio de Bolonia serían remitidos en el acto á París.

Tal fué el tratado de Tolentino, que valió á la república Cispadana, además de las legaciones de Bolonia y Ferrara, la hermosa provincia de Romanía, proporcionando al ejército un subsidio de treinta millones, más que suficiente para la campaña que se iba á emprender. Quince días habían bastado para esta expedición: mientras se negociaba el tratado, Bonaparte supo imponer á la corte de Nápoles y desembarazarse de ella; y antes de salir de Tolentino, distinguióse por un acto que probaba ya su política personal. En Italia, y particularmente en los Estados del papa, pululaban los sacerdotes franceses desterrados; estos infelices, retirados en los conventos, no eran siempre recibidos con mucha caridad; los decretos del Directorio les prohibían permanecer en los países ocupados por nuestras tropas. Aquellos desgraciados, reducidos á la desesperación, lejos de su patria hacía mucho tiempo y expuestos á los desdenes del extranjero, lloraban al ver á nuestros soldados, y hasta reconocieron algunos de los cuales habían sido párrocos en los pueblos de Francia. Bonaparte era fácil de conmover; y como por otra parte se quería mostrar exento de toda especie de preocupaciones revolucionarias ó religiosas, mandó por un decreto á todos los conventos de la Santa Sede que recibieran á los sacerdotes franceses, les alimentasen y dieran una paga. Así mejoró su estado, lejos de ponerlos en fuga, y acto continuo escribió al Directorio para darle á conocer los motivos que le indujeron á infringir sus órdenes. «Haciendo continuas batidas contra esos infelices, decía, se les obliga á volver á su país; vale más que estén en Italia que no en Francia, porque nos serán útiles. Menos fanáticos que los sacerdotes italianos, ilustrarán al pueblo que se excita contra nosotros; y por otra parte, lloran al vernos. ¿Cómo no compadecerse de su infortunio?» El Directorio aprobó su conducta; dióse publicidad al acto y á la carta y produjeron gran sensación.

Inmediatamente volvió hacia el Adige para emprender la más atrevida marcha militar de cuantas mencionan las historias. Después de haber atravesado una vez

los Alpes para penetrar en Italia, iba á pasarlos de nuevo para lanzarse más allá del Drave y el Muer, en el valle del Danubio, y dirigirse contra Viena. Jamás se había presentado ningún ejército francés á la vista de esta capital; y para llevar á efecto tan vasto proyecto, era necesario arrostrar innumerables peligros. Dejaba á su espalda toda la Italia sobrecogida de terror y admiración, pero preocupada siempre con la idea de que los franceses no podían dominarla por mucho tiempo.

Parecía que la última campaña de Rívoli y de Mantua debían haber disipado estas dudas; pero todas iban á renovarse con la marcha á Alemania. Los gobiernos de Génova, Toscana, Nápoles, Roma, Turín y Venecia, exasperados de ver situado en medio de ellos, en la Cispadana y la Lombardía, el foco de la revolución, podían aprovecharse del primer contratiempo para sublevarse; y en la incertidumbre del resultado, los patriotas italianos se observaban para no comprometerse.

El ejército de Bonaparte era muy inferior á lo que hubiera debido ser para hacer frente á los riesgos; pues las divisiones de Delmás y Bernadotte, que llegaron del Rhin, no ascendían á más de veinte mil hombres, y el antiguo ejército de Italia contaba con más de cuarenta mil, que agregadas las tropas lombardas, daban un total de cerca de setenta mil hombres. Mas era preciso dejar en Italia lo menos veinte mil, guarnecer el Tirol con quince ó diez y ocho mil, y no quedaban más que unos treinta mil para encaminarse contra Viena, que era una temeridad inaudita. Bonaparte, para allanar estas dificultades, procuró estipular con el Piamonte una alianza ofensiva y defensiva, á que aspiraba desde mucho tiempo y que debía proporcionarle diez mil hombres de excelentes tropas. El rey, que al principio no se había contentado con el afianzamiento de sus Estados en pago de los servicios que iba á prestar, accedió al presente, que veía inflamados con la revolución todos los ánimos, y firmó el tratado que se remitió á París; pero este tratado se oponía á las miras del gobierno francés, pues el Directorio, al aprobar la conducta de Bonaparte en Italia, que consistía en esperar la inmediata ruina de los gobiernos y no provocarla, para no cargar con las fatigas y responsabilidad de las revoluciones, el Directorio no quería ni atacar ni defender á ningún príncipe. Era, pues, muy incierta la ratificación del tratado, y por otra parte necesitábanse para ella quince ó veinte días.

El contingente sardo debía ponerse después en movimiento, y Bonaparte estaría ya entonces más allá de los Alpes. El general francés quería sobre todo concluir un tratado semejante de alianza con Venecia, pues el gobierno de esta república hacía considerables armamentos, cuyo objeto no podía ser dudoso. Las lagunas estaban llenas de regimientos esclavones; el podestá de Bérgamo, Ottolini, ciego instrumento de los inquisidores de Estado, había repartido dinero y armas entre los montañeses de Bergamasco y tenía dispuestos para una buena ocasión. Este gobierno, tan débil como pérfido, no quería, sin embargo, comprometerse, y persistía en su pretendida neutralidad; había rehusado la alianza de Austria y de Prusia, pero estaba sobre las armas; y si al entrar los franceses en Austria sufrían reveses, entonces se decidirían á pronunciarse asesinandolos durante su retirada. Bonaparte, que era tan astuto como

la aristocracia veneciana, comprendía este peligro, y deseaba su alianza más bien para preservarse de sus malos designios que para recibir sus socorros. Al pasar el Adige quería ver al procurador Pezaro, aquel á quien tanto atemorizó el año anterior en Pescara, y le hizo las proposiciones más francas y amistosas. «Toda la tierra firme, le dijo, estaba imbuida en las ideas revolucionarias; bastaba una sola palabra de los franceses para insurreccionar á todas las provincias contra Venecia. Pero si ésta se aliaba con ellos, se guardarían de promover un levantamiento, tratando por el contrario de calmar los ánimos; protegerían á la república contra la ambición del Austria, y sin pedirle el sacrificio de su constitución, contentaríanse con aconsejarle, en su propio interés, algunas indispensables modificaciones.» Nada era más sincero y prudente que esta advertencia. No es cierto que en el instante de dar este consejo proyectasen el Directorio y Bonaparte entregar á Venecia al Austria. El Directorio no tenía idea alguna sobre este punto; y esperando los acontecimientos, si en algo pensaba era más bien en libertar á Italia que en ceder una parte al Austria. En cuanto á Bonaparte, quería sinceramente tenerla por aliada; y si Venecia le hubiese escuchado, uniéndose á él y modificando su constitución, hubiera salvado su territorio y sus antiguas leyes. Pezaro contestó con evasivas; y viendo Bonaparte que no se debía esperar nada, pensó en adoptar sus precauciones y proveer á cuanto le era necesario por su acostumbrado medio, la rapidez y los golpes contundentes.

Tenía á su disposición sesenta y tantos mil hombres de tropas tales como jamás había visto Europa, y quería dejar en Italia diez mil, que reunidos con los batallones lombardos y cispadanos constituirían una fuerza de quince á diez y ocho mil hombres capaces de imponer á los venecianos. Quedábanle cincuenta y tantos mil soldados, de los que iba á disponer de la manera siguiente: Tres caminos conducían á Viena á través de los Alpes Rétricos, Nóricos y Julianos; el primero, situado á la izquierda, cruzaba el Tirol por el desfiladero del Brenner; el segundo, en el centro, atravesaba la Carintia por el de Tarwis, y el tercero, á la derecha, que pasa por el Tagliamento y el Isonzo, conducía á la Carniola. El archiduque Carlos guardaba esta última con el grueso de sus fuerzas en el Isonzo y cubriendo á Trieste; otros dos cuerpos de ejército, el uno en Feltre y Bellune y el otro en el Tirol, ocupaban las otras dos calzadas. Por la falta que había cometido Austria al no llevar hasta muy tarde sus fuerzas á Italia, no habían llegado aún seis magníficas divisiones destacadas del Rhin, descuido que se hubiera podido reparar en parte si el archiduque Carlos, situando su cuartel general en el Tirol, hubiese querido operar sobre nuestra izquierda.

Habría recibido quince días antes las seis divisiones del Rhin; y entonces, no cabía duda que Bonaparte, lejos de desfilar á la derecha por Carintia ó Carniola, se hubiera visto obligado á combatirle, y acabar con él antes de aventurarse más allá de los Alpes.

Habríale hallado en aquel momento con sus mejores tropas, y no habría salido tan fácilmente del paso. Pero el archiduque tenía orden de cubrir á Trieste, único puerto marítimo de la monarquía, y situándose en la

desembocadura de Carniola, sólo dejó cuerpos accesorios en las calzadas de Carintia y del Tirol.

Dos de las divisiones salidas del Rhin debían ir á reforzar al general Kerpen en el Tirol; las otras cuatro tenían orden de correrse por detrás de los Alpes, á través de Carintia y de Carniola, para incorporarse al cuartel general en el Friul. Era ventoso (marzo); los Alpes estaban cubiertos de nieve y de hielo; y siendo así, ¿cómo imaginarse que Bonaparte pensara en franquear en tal momento la cresta de aquellas montañas?

Bonaparte pensó que atacando al archiduque antes de la llegada de las principales fuerzas del Rhin, tomaría más fácilmente las desembocaduras de los Alpes, los franquearía después en su seguimiento, batiría sucesivamente, como siempre lo había hecho, á los austriacos aislados, y si le apoyaba un movimiento de los ejércitos del Rhin avanzaría hasta Viena.

En su consecuencia reforzó á Joubert, que desde Rívoli había merecido toda su confianza, con las divisiones Baraguay d'Hilliers y Delmás, confiándole un cuerpo de ejército de diez y ocho mil hombres. Encargóle que se dirigiera al Tirol, para batir á porfía á los generales Laudon y Kerpen, rechazarlos hasta más allá del Brenner, al otro lado de los Alpes, y correrse después por la derecha á través del Pusterthal, á fin de ir á reunirse con el gran ejército en Carintia. Laudon y Kerpen podían seguramente volver al Tirol, después que Joubert se hubiera incorporado al ejército principal; pero necesitaban tiempo para reponerse de una derrota, para reforzarse y volver al Tirol, y entretanto estaría Bonaparte á las puertas de Viena. A fin de calmar á los tirolese, recomendó á Joubert que halagara á los sacerdotes, que hablase bien del emperador y mal de sus ministros, que no tocara las casas imperiales y que nada cambiase en la administración del país. Encargó al intrépido Massena, con su magnífica división de diez mil hombres, que marchara contra el cuerpo de ejército situado en el centro hacia Feltre y Bellune, que corriera á las gargantas del Ponteba, las cuales preceden al gran desfiladero de Tarwis, y se apoderara de éste y de aquellas, á fin de asegurarse de la desembocadura de Carintia. Quería marchar él mismo con tres divisiones compuestas de veinticinco mil hombres hacia el Piava y el Tagliamento, rechazar ante sí al archiduque á la Carniola, bajar después á la calzada de Carintia, reunirse con Massena en el desfiladero de Tarwis, franquear por éste los Alpes, descender al valle del Drave y del Muer, incorporarse con Joubert y marchar sobre Viena. Confiaba en la impetuosidad y audacia de sus ataques y en la impresión que dejaban de ordinario sus golpes rápidos y terribles.

Antes de ponerse en marcha confió al general Kilmaine el mando de la alta Italia. La división Víctor, escalonada en los Estados del papa, esperando el pago de los treinta millones, debía volver á los pocos días al Adige para formar con los lombardos el cuerpo de observación. En las provincias venecianas reinaba una fermentación extraordinaria: los campesinos y los montañeses, afectos al clero y á la aristocracia, y las poblaciones, agitadas por el espíritu revolucionario, estaban á punto de llegar á las manos.

Bonaparte ordenó al general Kilmaine que observase la más rigurosa neutralidad, y se pusiera en marcha para